XXIV.

Al fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró al portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancara solidamente la puerta.

Se sentò, envuelto en su capote y calàndose la capucha, en un apolillado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineadas. Allá en los rincones una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus ùltimas llamas del montòn de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes, de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes.

De repente una voz del fondo del patio, gritó;

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?....—contestò éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamento de las mujeres. Cambiaron algunas palabras en voz baja y regresó el cabo, diciendo á Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua, porque se les acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna vieja y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy à ver que sucede.

Atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo, hasta llegar al aposento de las infelices.

Allí contempló un espectáculo de horrible miseria.

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor, una estancia de unos treinta metros cuadrados, cuyas paredes muy bajas, se adivinaban en la penumbra lejana.

Aquella linterna teñía de amarillentos fulgores á infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas, allá en el fondo negro y opaco del cuarto impregnado de un hedor insoportable.

Montones de harapos, significaban mujeres dormidas, en tanto que otras sentadas en angustiosa inmovilidad parecían ánimas sufriendo resignadas los martirios del purgatorio.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, surgía de un rincón, en tanto que un ronquido sofocado hacía volver la vista al centro del cuarto, donde el anciano jorobado, de rodillas ante un arcòn olvidado, con los brazos cruzados sobre la tapa y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente en medio de su oración. Una mujer, en pié en otro rincón, hablaba, dirigiéndose á otra tendida en el suelo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se acercó, avanzando de puntillas, y muy quedo dijo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí....Sì....agua, tantita agua, señor, señor—contestò allá en el fondo de la pieza una voz débil y dulce, con un tono suplicante.

El joven conmovido, se detuvo abriendo los ojos en la penumbra, experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, contenièndosele la respiración... y este pensamiento llenó solo su cerebro: ¡Julia!

Sí, era Julia, no le cabía la menor duda; y con el pecho oprimido, se acercò hasta llegar donde la mujer en pié, le contemplaba sin contestar una palabra. Era Mariana.

—Julia ¿es usted?—murmuró tratando de ver el rostro de la desventurada que se quejaba muy debilmente y que de súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso la manta miserable que la envolvía.

Entonces vió un rostro huesoso y lívido que le miró tenazmente con sus ojos negros orlados de grandes círculos oscuros. Había dejado descubierto su seno flaco y pobre que no bastaba á ocultar una camisa sucia y ensangrentada.

—Pero no,—dijo el oficial, esta no es Julia,—pero ella murmuró:

—Señor, me muero, tengo sed, tantita agua.

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que Miguel le arrebató bruscamente, y arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia....mucha le hace daño,....así....¡ya!....ahora si, ¡ya!....acuéstese usted,—y cuando la pobre volvió à recostarse trabajosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Mariana, en pié, soñolienta y atontada:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho.

—Cállese Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—y un violento acceso de tos le cortó la palabra; luego una gran postración la privó, haciéndole bajar los párpados; respiraba fatigosamente, extendiendo los brazos como para apartar funestas visiones.

—Sì señor, dijo al fin la anciana con voz lenta y cascada que sonaba lúgubremente en el silencio de la pieza, si señor, Cruz le dió su carabina para que lo ayudara, y el otro día que la habìa puesto detrás de un agujero para tirar para allá,—y señaló con un movimiento de cabeza, un punto vago de la habitación, entró una bala, y ya vé usted, Dios se la va á llevar.

Julia, bajo la tosca manta, se estremeció, balbuceando con infinita desesperación:

—¡No quiero morir....soy muy mala, señor, me voy al infierno....no quiero....no quiero!....¡perdón!....

Miguel, aterrado ante la infeliz moribunda, no hallaba que decir, ni que hacer en tan supremo instante, en que principiaba un espantoso delirio.

—Julia....Julia....por Dios....acuéstese!.....¿no me conoce?

Se había incorporado, y casi desnuda tratò de ponerse en pié, como para huir de él; pero la retuvo dulcemente, tocando su carne que ardía al calor de intensa fiebre; y entonces ella, mirándole con ojos extraviados, río con risa

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

extraña de loca enamorada.

—Sí....contigo, sí....pero no mas contigo, *lindo*, mi vida....ah! pero que se vaya Don Bernardo.....¡oyen! .....cuanto balazo.....¡cuál es mi carabina!.....¡que mueran!....préstame tu canana, Pedro....¡viva el poder de Dios!

El jòven, arrodillado à su lado, trató de cubrirle el seno, pero volvió á arrojar el extremo del viejo cobertor, y después de un instante de calma, continuó balbuceando frases incoherentes, extendiendo los brazos, riendo y sollozando.

Había pasado Miguel su brazo tras de la espalda y así la sostenìa silencioso, escuchando consternado aquel monólogo siniestro.

De repente calló y contemplándolo fijamente, sonrió de nuevo con éxtasis indefinible, acercó su cabeza á la suya, extendiendo los labios en demanda de un ósculo, pero Miguel la besó en la frente con castísimo beso.

—¡Contigo!....¡siempre contigo!....permaneciò aletargada un momento, pero abriendo los ojos, con una voz ronca y extraña, impregnada de horror y còlera, gritó:

—¡Viva el poder de Dios!

Una ráfaga fria de pavor inundò el cráneo del oficial que aflojó el brazo que sostenía á Julia desvanecida y èsta cayó hácia atrás golpeando con ruido seco su cabeza contra la piedra que le servía de almohada. Una violenta convulsión la sacudió, abrió la boca y espiró.

.....

.....

Cuando Miguel con voz terrible ordenó al cabo de cuarto que abriese la puerta, éste obedeció al momento, pero

con la firme convicción de que el subteniente estaba borracho.

Eran las tres de la mañana las constelaciones en el cielo irradiaban cintilando, la masa enorme y ondulante de los montes se esfumaba con indefinidos contornos, y allá en las tinieblas surgían esparcidos en el valle, puntos luminosos y amarillentos. Los cadáveres ardían silenciosamente y las rafagas heladas de la sierra barrían sus cenizas, llevando nauseabundos olores. Profundo silencio en la inmensa soledad del campo frío y oscuro.

—¡Ah! Señor....ah! Dios mìo....solo....¡solo!—murmuró, cuando el viento glacial de la madrugada batió su frente descubierta con el kepí alzado á media cabeza. Y entonces por fin, después de muchos años tristes y amargos, pudo llorar, llorar como nunca había llorado, con llanto continuo, consolador y dulce.

Y después, como siempre, la reacción le siguió y resignado à la sombrìa fatalidad del destino, miró con sus ojos tristones, hùmedos aùn, con sonrisa de amargura infinita, el horizonte negro, maculado por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle.

FIN.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.